

[EXPOSICIÓN SOBRE EL CÁNTICO DE HABACUC.]

ADVERTENCIA.

Se confirma que la Exposición sobre el Cántico de Habacuc fue escrita por el Venerable Beda, según su Epítome de la historia del pueblo anglosajón, donde elaboró un catálogo exhaustivo de todas sus obras, en el cual se menciona, entre otras, un libro sobre el Cántico de Habacuc. Este libro nos ha sido transmitido por dos códices antiquísimos, uno de Floriacensis, cuyo carácter se aproxima a los novecientos años; otro de Corbeiensis, de aproximadamente la misma edad, escrito al menos hace ochocientos años; y un tercero, aunque un poco más reciente, de solo quinientos años, del monasterio de San Miguel en el Monte del Peligro; estos tres códices consistentemente atribuyen la obra a Beda, de modo que no queda duda alguna de que esta exposición es legítimamente suya, especialmente porque su estilo concuerda perfectamente con otras obras suyas y no se encuentra atribuida a ningún otro autor en ninguna parte. El bienaventurado hombre emprendió esta obra a petición de su hermana, quien había consagrado su virginidad a Dios en algún monasterio, como se deduce no solo del inicio de esta obra, sino también del final, donde se dice: "Ojalá, amadísima hermana y virgen de Cristo, que también nosotros, amándolo, seamos dignos de ser llamados por tal nombre". Pero especialmente del código de Corbeiensis, al final del cual se añaden estas palabras: "Termina la exposición sobre el Cántico de Habacuc dirigida a su hermana, virgen de Cristo". Sin embargo, ni el nombre de ella ni el del monasterio en el que se consagró a Dios han sido revelados hasta ahora por ningún documento que yo sepa. El propósito de Beda en esta obra fue uno solo: al exponer las palabras del profeta según la versión de los Setenta, representar brevemente la Encarnación del Verbo divino, la pasión de Cristo, la reprobación de los judíos y la vocación de los gentiles, lo cual, como fácilmente advertirán los lectores eruditos, fue logrado exitosamente por él.

MARTENE.

EXPOSICIÓN ALEGÓRICA SOBRE EL CÁNTICO DEL PROFETA HABACUC (C)*

El cántico del profeta Habacuc, que pediste que te explicara, amadísima hermana en Cristo, proclama principalmente los misterios de la pasión del Señor. Por eso, según la costumbre de la santa, universal y apostólica Iglesia, se suele repetir solemnemente en los laudes matutinos de cada semana el sexto sábado, día en que se completó esa misma pasión. Pero también describe mística y proféticamente la encarnación, resurrección y ascensión a los cielos, la fe de los gentiles y la perfidia de los judíos. El profeta, contemplando el estado del presente siglo, había visto la paz de los pecadores y las aflicciones de los justos, había visto a los impíos abundar en riquezas y a los inocentes ser sometidos diariamente a castigos; había visto impiedad en el lugar del juicio y iniquidad en el lugar de la justicia; había visto las lágrimas de los inocentes y a nadie que los consolara, ni que pudiera resistir la violencia de los calumniadores, desprovistos del auxilio de todos. Sabiendo también que estas y otras innumerables cosas semejantes no podían suceder sin la providencia divina, turbado en su ánimo y suspirando gravemente desde lo más profundo de su corazón, clamó al Señor: "¿Hasta cuándo, Señor, clamaré y no escucharás? ¿Gritaré a ti sufriendo violencia y no salvarás?" (Hab. I, 2). Y de nuevo: "Tus ojos son puros para no ver el mal, y no puedes mirar la iniquidad. ¿Por qué no miras a los que obran iniquidad y callas mientras el impío devora a uno más justo que él, y haces a los hombres como peces del mar y como reptiles que no tienen príncipe?" (Ibid., 13, 14). Sin embargo, entre estas cosas, recordó de inmediato la dispensación de la encarnación y pasión del Señor, que había conocido en el espíritu de profecía, y comprendió que se había quejado mucho más de lo que debía de las aflicciones de

los santos en esta vida, a quienes se les había prometido el descanso eterno en el futuro, ya que ni siquiera el Hijo de Dios, apareciendo en la carne, saldría del mundo sin el sufrimiento de la cruz, quien nacería del Espíritu Santo y de la Virgen Madre, y viviría en el mundo sin pecado, y haciendo oración al Señor por sus ignorancias, así comienza.

Señor, he oído tu anuncio y temí. El anuncio del Señor Salvador es el que oyó del Padre para venir en carne, nacer en el mundo, habitar entre los débiles siendo omnipotente, entre los pecadores siendo justo, entre los hombres siendo Dios, hacer obras celestiales, enseñar preceptos celestiales, prometer dones celestiales, ser tentado, azotado, burlado, asesinado, nuestra muerte ser destruida por su muerte; resucitando de entre los muertos, ascendería a los cielos, y enviando desde lo alto el Espíritu, iluminaría al mundo con la gracia de la verdad. De cuyo anuncio él mismo a menudo hace mención en el Evangelio diciendo: "Pero el que me envió es veraz, y yo hablo al mundo lo que he oído de él" (Juan VIII, 26). Y de nuevo: "Pero os he llamado amigos, porque todo lo que he oído de mi Padre os lo he dado a conocer" (Juan XV, 15). De quien también Juan el Bautista dice: "El que viene de arriba está por encima de todos, y lo que ha visto y oído, eso testifica" (Juan III, 31). Este anuncio del Señor lo oyó en espíritu el profeta, y temió, porque se había quejado de las presiones de los justos en el mundo, cuando también el mismo Señor, que nos hace un camino próspero de salvación y vida, tendría su salida de este mundo por la muerte. Temió, porque había hecho una queja de las tribulaciones de los santos, quienes no solo serían liberados de las tribulaciones por el Señor, sino que también serían coronados perpetuamente con el Señor.

Consideré tus obras y me espanté. Esas obras, sin duda, por las cuales redimió al mundo, haciéndose obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz: "para que, como dice de nuevo el mismo Apóstol, por la muerte destruyera al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo" (Heb. II, 14). Cuanto más atentamente se consideran estas obras, tanto más se estremece uno por las obras de su propia fragilidad.

En medio de dos animales te darás a conocer. Puede entenderse en medio de Moisés y Elías. Allí se daba a conocer a los tres discípulos en el monte santo que iba a morir, diciéndoles que iba a sufrir en Jerusalén. Allí se daba a conocer que iba a resucitar y a ser inmortal, con su rostro glorificado como el sol, y sus vestiduras resplandecientes como la nieve. Allí se daba a conocer que era el Hijo de Dios, diciendo una voz paterna desde los cielos: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco, a él escuchad" (Mat. XVII, 5). También puede entenderse no inconvenientemente en medio de dos ladrones, entre los cuales crucificado muriendo se daba a conocer que era hombre. Pero con el sol oscurecido, la tierra conmovida, y los demás milagros que el Evangelio narra que ocurrieron alrededor de la cruz, se daba a conocer que era Dios. Intercediendo él mismo ante el Padre por sus asesinos, se daba a conocer cuán piadoso era. Con este ejemplo, el profeta que lo preveía en espíritu era advertido no solo de soportar pacientemente las presiones de los malvados, sino también de extenderles la gracia de su bondad a los que lo perseguían.

Cuando se acerquen los años, serás conocido; cuando llegue el tiempo, te manifestarás. Los años y el tiempo designan aquello de lo que dice el Apóstol: "Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley" (Gal. IV, 4). Estos tiempos y años los vio aún lejanos y los saludó desde lejos el profeta, cuando dijo que cuando se acercaran los años, y cuando llegara el tiempo, el Señor se manifestaría y sería conocido. Pues también anteriormente había oído, diciéndole el Señor: "Porque aún la visión está para un tiempo señalado, y se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tarde, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará" (Habac. II, 3). Habiendo oído su anuncio, considerando sus obras de pasión, temió y se espantó, porque se había

conmovido por la felicidad transitoria de los malvados y por la aflicción temporal de los buenos. Sin embargo, para que hiciera una penitencia digna por sus ignorancias, pronto confió en que podría obtener el perdón de su error. Por eso añade consecuentemente:

En el momento en que mi alma se turbe, en la ira recordarás la misericordia. "Cuando mi alma se turbe", dice, "con el digno dolor de la satisfacción y la penitencia, sacudida por el temor de tu ira y castigo, que temo haber incurrido imprudentemente, creo que pronto obtendré la misericordia del perdón deseado de ti": donde se debe considerar la maravillosa rapidez de la piedad divina. Solo dijo que estaba turbado en su ánimo por la ira de Dios, y de inmediato añadió que él se había vuelto de la ira a la misericordia. Lo cual es similar a lo que dice el salmista: "Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor, y tú perdonaste la iniquidad de mi pecado" (Sal. XXXI, 3). Pero tal indulgencia puede ser para las faltas mínimas. Sin embargo, cuanto más graves son nuestras culpas, tanto mayor y más prolongada penitencia, lágrimas y limosnas requieren. Hasta aquí el profeta ha comprendido brevemente con qué temor del alma fue golpeado, al oír y considerar más atentamente el evento de la encarnación y pasión del Señor. Luego, de inmediato, describe más ampliamente cuál fue ese anuncio, cuáles fueron esas obras del Señor que al contemplarlas tanto lo conmovieron. Sigue:

Dios vendrá de Líbano y el Santo del monte umbroso y denso. El Líbano es un monte altísimo de Fenicia, notable por sus altos, incorruptibles y aromáticos árboles, de los cuales también se dice en la Escritura que se construyó el templo del Señor en Jerusalén; por lo que a veces en las Escrituras el mismo templo se designa con el nombre de Líbano: de ahí es aquella profecía de Zacarías sobre el ejército caldeo que vendría contra él: "Abre, Líbano, tus puertas, y que el fuego consuma tus cedros" (Zac. XI, 1). Dios, por tanto, vino del Líbano, porque el Señor apareciendo en la carne, en el mismo templo sembró las primeras semillas del Evangelio, y desde allí llenó todo el mundo con el germen de su fe y verdad. Por eso dice Isaías que "de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor" (Isaías II, 3). Esparció allí las primeras semillas de la fe no solo a través de los apóstoles, quienes después de su pasión y resurrección, llenos del Espíritu Santo, predicando allí pusieron los primeros fundamentos de la Iglesia, cuyo "sonido salió por toda la tierra, y hasta los confines del mundo sus palabras" (Sal. XVIII, 5); sino también por sí mismo, primero en el mismo templo dio testimonio de la fe que se debía tener en él, cuando sentado entre los doctores, preguntaba como hombre de corta edad, pero respondía a los que enseñaban como Dios de majestad eterna; donde buscado y hallado por sus padres, insinuando también por sí mismo que era Dios e Hijo de Dios, dijo: "¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los asuntos de mi Padre me es necesario estar?" (Luc. II, 49). Sin embargo, este verso en la verdad hebrea se tiene así: "Dios vendrá de Temán", es decir, del Sur, lo cual tiene un sentido fácil según la letra, porque Belén, donde nació el Señor, está situada al sur de Jerusalén. Y cuando él, al cuadragésimo día de su nacimiento, fue llevado a Jerusalén por sus padres, para que se ofreciera una ofrenda según la ley por él, Dios ciertamente vino del Sur. Y el Santo, dice, del monte umbroso y denso. El mismo Mediador entre Dios y los hombres, que arriba se dice claramente Dios, de quien el ángel Gabriel anunciando a la Virgen Madre dice: "Por eso, lo que nacerá santo será llamado Hijo de Dios" (Luc. I, 35). El monte del cual se canta que vendrá el mismo santo, puede entenderse como el reino de los judíos, del cual él tomó el origen de la carne. De lo cual también Daniel vio una piedra cortada sin manos, es decir, a Cristo procreado sin obra viril, quien, destruyendo los reinos del mundo, llenaría el universo con la gloria de su nombre (Dan. II, 45). Este monte se llama correctamente umbroso y denso; tiene muchos árboles fructíferos, es decir, muchos hombres santos y cargados de frutos de virtudes, que también educan nuestra hambre con el sabor suavísimo de su doctrina, y protegen nuestra fragilidad para que no se marchite por el calor de las tribulaciones, con el

amparo de su intercesión; lo cual figurativamente concuerda con lo que el apóstol Pedro: árbol ciertamente eminente de este monte, no solo refresca con el fruto de su doctrina a los que tienen hambre y sed de justicia, sino que también salva a los enfermos con la sombra de su cuerpo (Hech. V, 15). Estos hombres santos y sublimes también pueden ser designados con el nombre de Austro, del cual se dice que Dios vino, por la ferviente caridad con la que suelen arder en el Señor, y la doctrina con la que suelen iluminar a los hombres, del cual Austro Dios vino, porque se dignó encarnarse de tales. De este Austro Dios viene diariamente, cuando al leer o escuchar sus palabras o ejemplos, el amor o el conocimiento de la verdad se genera más perfectamente en el corazón. Sigue:

Cubrió los cielos su majestad, y la tierra está llena de su alabanza. Descrita la dispensación de la encarnación del Señor, inmediatamente añadió el misterio de la ascensión, por la cual la misma humanidad sería glorificada, según aquello del salmista: "Desde el extremo del cielo es su salida, y su curso hasta el extremo de él" (Sal. XVIII, 7). Cubrió los cielos su majestad, porque quien por la encarnación fue hecho un poco menor que los ángeles, él mismo por la resurrección fue coronado de gloria y honor, por la ascensión fue constituido sobre las obras de las manos del Padre, y todo fue puesto bajo sus pies (Sal. VIII, 6), y predicando los apóstoles, la tierra entera se llenó de su alabanza: lo cual se comprende brevemente pero muy claramente al principio y al final del mismo salmo, cuando se dice: "Señor, Señor nuestro, ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! porque tu magnificencia ha sido elevada sobre los cielos" (Sal. VIII, 2). Pero incluso antes de la pasión y resurrección, cuando el Verbo hecho carne habitaba entre nosotros, cubrió los cielos su majestad, porque la humanidad asumida, aun siendo mortal, superaba a las potestades celestiales. Y la tierra está llena de su alabanza, porque las mismas virtudes celestiales sabían verdaderamente que él era el creador de la tierra, así como de toda la creación por su divinidad, quien entonces por su humanidad moraba en la tierra: por eso, al nacer él, cantaban: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Luc. II, 14).

Su resplandor será como la luz. El resplandor de las virtudes y de la doctrina del Señor Salvador iluminará a los creyentes; por eso también se le llama en las Escrituras el Sol de justicia; pero porque este mismo resplandor no podía brillar perfectamente en el mundo, a menos que él mismo, habiendo probado la muerte por un tiempo, destruyera el reino de la muerte, y resurgiendo de entre los muertos, diera al mundo la esperanza y la fe de resucitar, correctamente se añade:

Tiene cuernos en sus manos. Allí se confirmó la fuerza de su gloria. Cuernos, sin duda, se refiere al madero transversal de la cruz, que sostenía clavado con las manos, para que superando toda muerte con este género de muerte, así confirmara la fuerza de su gloria en los corazones de los elegidos, para que no pudieran ser detenidos por ningún terror o halago de su amor; prometiéndoles también la gloria de la futura incorruptibilidad, por la cual "el último enemigo que será destruido es la muerte" (I Cor. XV, 26). De hecho, en el monte santo, con Pedro, Jacobo y Juan presentes, su resplandor brillaba como la luz; y ellos se deleitaban ciertamente con la visión de este resplandor, pero sin embargo, cuán frágiles e inconstantes aún eran, se probó en el tiempo de su pasión: pero después de que tomó los cuernos de la cruz en sus manos, allí se confirmó la fuerza de su gloria: de tal manera que ni los terrores, ni los azotes, ni la misma muerte podían ser expulsados del corazón de los fieles. Los cuernos pueden insinuar, según el estilo de los profetas, los reinos de este mundo. (La sublimidad de la mente humana, ya sea buena o reprobada, puede designarse con el nombre de cuernos). Y los cuernos están en las manos de Cristo, porque él es el Rey de reyes y Señor de señores (I Tim. VI, 15). Los cuernos están en sus manos, para que humillando a uno y exaltando a otro, rompa todos los cuernos de los pecadores, con los que se ensalzan

vanamente, y se exalten los cuernos del justo, es decir, los deseos devotos a Dios, con los que se esfuerzan por superar todas las luchas de los impíos y de los vicios.

Y puso el amor firme de su fortaleza. Los santos, con amor íntimo, amaban la fortaleza de Cristo incluso antes de la pasión; pero este mismo amor no era firme, hasta que, completada su pasión y resurrección, les dio más plenamente la gracia del Espíritu Santo. Entonces, en verdad, se hizo tan firme, que ni los mismos cuernos de los reyes, es decir, la insolente potencia, podían ser quebrantados.

Delante de su rostro irá la palabra, y saldrá en los campos. Antes de que el Señor viniera en carne, precedieron las palabras de los profetas, que darían testimonio de su venida; y estas mismas palabras salieron en los campos, cuando, predicando los apóstoles, fueron divulgadas por todo el mundo: no solo en las escrituras proféticas precedió la palabra a su rostro, sino también en los apóstoles, cuando evangelizaban al mundo el advenimiento de Cristo en carne ya cumplido, la palabra precedió a su rostro, porque ciertamente primero la doctrina de la verdad llega a los oídos de los que han de ser instruidos, y luego la fe y el entendimiento del Verbo iluminan los corazones, y los hacen dignos de ser habitados por Dios; lo cual se designa típicamente en el Evangelio, cuando el mismo Señor envió a sus discípulos a predicar en toda ciudad y lugar a donde él mismo había de venir: lo cual hasta hoy vemos que se hace en el mismo orden; el Señor sigue a sus predicadores, porque primero es necesario que se escuche la palabra del que enseña, y así se fije la luz de la verdad en el corazón del que escucha, de donde se añade apropiadamente:

Sus pies se detuvieron, y la tierra se conmovió. Porque cuando, al predicar el maestro, se fijan las huellas de la verdad en la mente de los oyentes, pronto la misma mente, turbada en su consideración, se conmueve. Sin embargo, los pies del Señor pueden no inadecuadamente ser entendidos como los mismos maestros, por quienes se ministra la palabra, ya que aquel que por sí mismo está presente en todas partes, por estos como por sus pies es llevado a todo el mundo. Estos pies se detienen, y la tierra se conmueve, porque cuanto más firmemente persisten los santos maestros en predicar y guardar la verdad, tanto más rápidamente los corazones terrenales se conmueven para hacer penitencia por sus errores; y puesto que esta acción de penitencia no debe atribuirse al hombre que predica, sino a la gracia que ilumina, correctamente se añade:

Miró, y las naciones se derritieron. Lo cual es decir claramente: El Señor tuvo misericordia, y las naciones se arrepintieron; con la misma mirada con la que miró a Pedro cuando lo negó; y él, compungido por la memoria de su pecado, pronto se derritió en lágrimas.

Los montes se quebrantaron vehementemente. Se refiere a los montes soberbios, y a aquellos que en este mundo se exaltan por su reino, sabiduría o riquezas, quienes, bajo la mirada del Señor, no solo fueron quebrantados, sino que fueron quebrantados vehementemente, cuando, por su misericordia, algunos de ellos no solo abandonaron su vana y orgullosa altitud, sino que también la combatieron viviendo y predicando. Finalmente, Saulo y Mateo eran montes, uno elevado por la sabiduría de la letra carnal, el otro por el mamón de la iniquidad, pero cuando ambos se convirtieron al magisterio de la humildad, se hicieron discípulos de Cristo, y ciertamente los montes fueron quebrantados vehementemente.

Los collados eternos fluyeron. Con el nombre de collados, al igual que con el de montes, se expresan los hombres soberbios, pero quizás inflados con menor arrogancia, aunque no ajenos a la culpa del orgullo, por lo que deben ser inclinados saludablemente para que

merezcan ser elevados por el Señor. Con razón se les llama collados eternos, porque al ser temporalmente humillados por el tumor de la soberbia, son glorificados eternamente por aquel que dijo: "Y todo el que se humilla será exaltado" (Luc. XIV, 11). Otra traducción para collados eternos tiene más claramente collados del siglo, lo que se refiere a la distinción de los collados del Señor, es decir, de los hombres santos, quienes, por la sublimidad de su espíritu, despreciando todas las cosas temporales e ínfimas, son dignos de tal nombre, de los cuales el salmista dice al Señor: "Reciban los montes paz para tu pueblo, y los collados justicia" (Sal. LXXI, 3).

Vi los caminos de su eternidad antes de los trabajos. Los caminos son de la temporalidad del Señor, por los cuales vino al mundo para aparecer temporalmente a los hombres; pero los caminos de su eternidad, por los cuales, dejando corporalmente el mundo, regresó al Padre, con quien permaneció eternamente, incluso cuando temporalmente conversaba en el mundo: estos caminos deseó él mismo, cuando acercándose a la pasión, decía al Padre: "Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste que hiciera" (Juan XVII, 4). Esto sobre los caminos de la temporalidad asumida, y de inmediato añadió sobre los caminos de la eternidad: "Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Ibid., 5). Estos caminos de la eternidad el profeta los vio antes de los trabajos, a saber, de la encarnación y pasión, de los cuales se dijo antes: "Dios vendrá de Líbano, o del Sur, y: Los cuernos están en sus manos", y otras cosas semejantes, que se encuentran en este mismo cántico en abundancia. De estos trabajos dice el Apóstol: "Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Filip. II, 8); y de inmediato añadió sobre los caminos de la eternidad, y lo que por estos trabajos el Mediador entre Dios y los hombres merecería: "Por lo cual Dios también lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla, de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filip. II, 9, 10); y porque por esos mismos trabajos suyos, y por esos mismos caminos de su eternidad, cuando, habiendo completado los trabajos de su pasión, regresó al Padre, no solo el pueblo de los judíos, sino también el de los gentiles, iba a llegar a un descanso eterno, se añade apropiadamente:

Las tiendas de los etíopes temerán, y las tiendas de la tierra de Madián. ¿Quién no sabe que los etíopes y los madianitas son pueblos de las naciones? Con cuyos nombres se insinúan todas las naciones de los gentiles, que al escuchar la predicación evangélica iban a ser sacudidas por un saludable temor, para que así como el profeta escuchó el futuro anuncio del Señor y temió, consideró las futuras obras de su encarnación y se espantó, así las naciones, al serles anunciado por los apóstoles el mismo anuncio, y ya consumadas sus obras, comenzaran a servir al Señor con temor, y a exultarle con temblor. Y bien puso primero a los etíopes, que están en los confines del mundo, para insinuar místicamente que el sonido de los predicadores iba a salir a toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del orbe. En cuyo misterio también el eunuco de Candace, reina de los etíopes, como se lee en los Hechos de los Apóstoles, fue las primicias de los gentiles, al recibir la fe y los sacramentos de Cristo por la evangelización de Felipe. La nación de los madianitas, por su parte, tuvo su origen en uno de los hijos de Abraham con Cetura, llamado Madián, y está en el desierto de los sarracenos hacia el oriente del Mar Rojo en Arabia. Por tanto, que los etíopes teman al nombre de Cristo, para que se señale que su fe llegará hasta los confines del orbe. Que también teman los madianitas, para que se insinúe que también los pueblos mediterráneos serán salvados por esto. Pero no dijo: Los etíopes y los madianitas temerán, sino que dijo: Las tiendas de los etíopes temerán, y las tiendas de la tierra de Madián, se dice en ese género de locución en el que en el Evangelio se dice: "Y salió toda la ciudad al encuentro de Jesús"; y en el salmo: "Y

tu copa embriagante" (Sal. XXI, 5), cuando no fue la ciudad misma, sino los que estaban en la ciudad los que salieron; ni la copa misma, sino lo que está en la copa es lo que suele embriagar: esta figura de locución se llama en griego metonimia, es decir, transnominación, cuando se muestra lo contenido por el continente.

¿Acaso en los ríos está tu ira, Señor, o en los ríos tu furor, o en el mar tu ímpetu? Con el vocablo de ríos y mar se expresan los corazones de los infieles, que se llaman ríos porque con todo el ímpetu de su intención fluyen hacia lo inferior; mar, porque con turbias y amargas cogitaciones se oscurecen interiormente, y sobre los demás se exaltan con hinchados remolinos de jactancia. ¿Acaso, pues, dice, han pecado tan gravemente estos que sumergen su mente de los deseos celestiales en el apetito de las cosas ínfimas, y que con la soberbia de su ánimo se levantan inestables contra sus prójimos, para que en tales la ira que merecen nunca se disuelva? ¿O a todos los que pecan más o menos gravemente en el mundo, apareciendo en el mundo, les concedes la gracia de tu piedad? Pues veo que ciertamente vas a enviar a los apóstoles a predicar tu gloria a las naciones; pero quiénes creerán es de tu conocimiento, no del humano. Esto es lo que sigue:

Porque subiendo subirás sobre tus caballos, y tu caballería es salud. Es decir, subirás a los corazones de tus elegidos por la iluminación de la gracia, por la cual, guiados por ti, avancen en el camino de las virtudes, y llevando por todo el orbe, evangelizando de ti, prediquen al mundo la vida de la salvación eterna. La figura de esta caballería también se mostró literalmente en el Señor, cuando, dirigiéndose a Jerusalén, montaba un asno, con las multitudes que iban delante, y las que seguían, y las que venían al encuentro, cantando: "Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor" (Juan XII, 13). En cuya cabalgata resonaba la salud, porque ciertamente se señalaba el camino espiritual de aquellos, por el cual, con el Señor como guía, por los apóstoles son conducidos a ver el reino de la Jerusalén que está arriba, que es madre de todos nosotros (Gál. IV, 26).

Tendiendo extenderás tu arco sobre los cetros, dice el Señor. Llama arco a la inesperada venida del juicio divino, por el cual también los cetros, es decir, los reinos del mundo, serán examinados. Insinuando, pues, el profeta lo que el Señor, subiendo sobre sus caballos, es decir, llenando y guiando con su gracia a los apóstoles y sus sucesores, hace en ellos: "Tendiendo, dice, extenderás tu arco sobre los cetros", es decir, amenazando por medio de los doctores amenazarás que tu juicio vendrá de repente, para que cualquiera que se aterrorice ante la amenaza de la ira como ante un arco extendido, y se apresure a suplicar tu piedad, no sienta la emisión de las flechas, es decir, la amenaza de los castigos eternos. Pero al decir, "tendiendo extenderás tu arco sobre los cetros", añadió: "Dice el Señor", significa a Dios Padre, de quien el mismo Hijo dice: "El Padre no juzga a nadie; sino que todo el juicio lo ha dado al Hijo" (Juan V, 22).

La tierra se dividirá por los ríos. Los ríos en este lugar no son los mismos de los que antes temía la ira y el furor del Señor, sino más bien aquellos de los que él mismo en el Evangelio dice: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva". Y el evangelista explicando: "Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él" (Juan VII, 38). Por estos ríos se divide la tierra, cuando los corazones carnales, regados por la palabra de la doctrina salvadora, se humillan rompiendo la dureza de su infidelidad, y abren el seno de su pensamiento interior, que estaba mal cerrado, para recibir las palabras de la repreensión o exhortación salvadora; lo cual se explica más ampliamente cuando se dice:

Te verán las aguas, y los pueblos se dolerán. Pues los corazones de los pecadores, divididos para el reconocimiento y confesión de la verdad por la frecuente alocución de los que

enseñan, como por la inundación de frecuentes corrientes, ven a Dios por ahora por la fe, y se duelen de haberse alejado de él por tanto tiempo por culpa, pero terminado el dolor de la penitencia lo verán más plenamente en el futuro por la visión, y se alegrarán de su bienaventurada visión para siempre. También puede entenderse lo que se dice "la tierra se dividirá por los ríos", como si se dijera que la tierra será dividida para que de ella surjan nuevos ríos, lo cual las antiguas historias narran que ha sucedido a menudo, a saber, que, existiendo un terremoto, aparecieran ríos que no existían. Lo cual no duda que pueda suceder quien prudentemente entiende que la tierra está llena de innumerables venas de agua, como el cuerpo humano está lleno de venas de sangre; según este sentido, la tierra se divide por los ríos, cuando la conciencia carnal, dividida para la penitencia, progresa tanto por la gracia divina que concede, que incluso ella misma puede ofrecer a otros corrientes de doctrinas, y regar con su ejemplo o palabra los corazones áridos de estos para que produzcan frutos de virtudes.

Rociando aguas en los caminos, la profundidad dio su voz desde la altura de su fantasía. Los mismos doctores se figuran con el nombre de abismos, que también de ríos arriba, pero son ríos por la fuerza de la invectiva más fuerte, con la que rompen la dureza de la mente terrenal para que haga penitencia por sus errores. Pero se les llama abismo por la profundidad de la ciencia con la que ellos mismos se llenan interiormente, atestiguando Salomón, quien dice: "Agua profunda es la palabra en la boca del hombre" (Prov. XVIII, 4). Rociando, pues, aguas en los caminos, el abismo da su voz, cuando los santos predicadores, llenos interiormente en el corazón de la profunda ciencia de la verdad, exhiben el ministerio de la palabra a los oyentes, poco a poco y por partes, según la capacidad de los débiles, pronunciando lo que ellos mismos interiormente captan mucho y amplio a la vez. En los caminos, sin embargo, dice en las obras, ya sea de los mismos doctores o de sus oyentes. Pues rocían aguas en sus caminos, cuando dondequiera que van muestran a los que los miran ejemplos de vivir rectamente, con la voz de la predicación. Rocían aguas en los caminos de los que los miran, cuando enseñando y viviendo a la vez, les muestran por qué caminos de acción deben avanzar. Si, sin embargo, se lee como tienen algunos códigos: "Dispersarás aguas en los caminos", es manifiesto que se dice de Dios, quien mismo dispersó las aguas de la vida de las fuentes de Israel lejos y ampliamente en las naciones de todo el orbe, diciendo a los discípulos: "Id, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". Pero bien, cuando dijo que el abismo daría su voz, añadió, "desde la altura de su fantasía", porque lo que los santos predicadores nos pronuncian maravillosamente hacia afuera, procede ciertamente de esa fuente de sabiduría, en la que ellos mismos interiormente son iluminados con la contemplación de las alegrías celestiales más maravillosamente. ¿Acaso no dio el gran abismo su voz desde la altura de su fantasía, cuando decía el apóstol Pablo: "Nuestra boca está abierta a vosotros, oh corintios, nuestro corazón está ensanchado; no estáis angustiados en nosotros, pero estáis angustiados en vuestros propios afectos. Como a hijos os hablo, ensanchaos también vosotros" (II Cor. VI, 11). De dónde o en qué orden provino, para que el mundo fuera rociado con aguas salvadoras, y para que el abismo de la sabiduría celestial tronara en la tierra, se muestra subsecuentemente, cuando se dice:

Se elevó el sol, y la luna se mantuvo en su orden. Pues el sol se elevó, a saber, el Señor de la justicia después de su pasión y resurrección al cielo, y enviado por el Padre el Espíritu, iluminó a la Iglesia, y la dilató por todo el orbe, para que ella en su orden, es decir, después de cumplido el misterio de la encarnación del Señor, levantándose de un largo letargo de incredulidad, se mantuviera en la fe, actuara virilmente, y se fortaleciera en su amor. Y

porque había comparado a Cristo con el sol, y a la Iglesia con la luna, apropiadamente se dirigió de inmediato a ese mismo sol.

En la luz irán tus dardos, en el resplandor del fulgor de tus armas. Los dardos de Cristo son sus palabras, con las que se hieren los corazones de los hombres, para que, infligida una herida salvadora, pueda el alma fiel decir: "Estoy herida de amor". Estos dardos van en la luz, porque por el ministerio de los doctores las palabras de la verdad se hicieron conocidas al mundo, según lo que la misma Verdad les mandó diciendo: "Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados" (Mat. X, 27). Y porque a las palabras de luz siguió también la claridad de los milagros, añadió: "En el resplandor del fulgor de tus armas". Pues con los dardos hieren a los adversarios en combate, y con las armas se defienden del daño; por lo que en los dardos se insinúan las palabras de los predicadores, con las que superan la perversidad de los infieles, y en las armas los milagros con los que confirman la verdad de su predicación. Van, pues, en la luz los dardos de Cristo, van en el resplandor del fulgor de sus armas, porque las maravillas que hizo, los arcanos que preparó, los mandamientos que propuso, las recompensas que prometió, ya son conocidas por todo el mundo a través de las letras evangélicas más claramente que el sol. Pero también los santos doctores, porque son hijos de la luz, lo que hacen o dicen con su don, ciertamente resplandecen con luz y esplendor.

En tu amenaza humillarás la tierra, y en tu furor abatirás a las naciones. Amenazando con la severidad del juicio por el cual los impíos serán condenados, humillarás saludablemente a aquellos que solían anteponer las cosas terrenales a las celestiales, para que, disminuidas poco a poco las codicias terrenales, comiencen a saborear y buscar las cosas de arriba; e infligiendo furor condenarás eternamente a aquellos que, por su obstinada exaltación, despreciaron humillarse temporalmente, lo cual el salmista ruega que no le suceda diciendo: "Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor" (Sal. VI, 2).

Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus ungidos. Salió el Mediador entre Dios y los hombres del Padre, y vino al mundo, no para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvado por él. Llama ungidos a todos los elegidos, quienes por la unción de la gracia espiritual son muy correctamente llamados con este nombre; de donde es aquello del salmista sobre aquellos que queriendo dañar a los santos, fueron cohibidos por la prohibición divina: "Y reprendió por ellos a los reyes. No toquéis a mis ungidos" (Sal. CIV, 14). Hizo salvos a sus ungidos, no a los que encontró ungidos, sino a los que saliendo del Padre y apareciendo en la carne, por el Espíritu de adopción hizo ungidos, es decir, ungidos suyos. De esta unción advirtiendo a sus oyentes dice el apóstol Juan: "Y la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros" (I Juan II, 27). Este versículo en algunas ediciones se encuentra así: "Saliste para salvar a tu pueblo por Jesucristo tuyo", lo cual se entiende dicho al Padre, porque salió para salvar a su pueblo por Jesucristo su Hijo. Pues Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, y porque esa salida, es decir, su venida al mundo, no solo iba a ser para la resurrección de los fieles, sino también para la ruina de los infieles, apropiadamente se añade:

Enviaste la muerte sobre las cabezas de los enemigos, levantaste cadenas hasta el cuello. Pues quien trajo gozo de salvación a sus elegidos, a quienes el profeta había llamado ungidos, él mismo envió la muerte eterna a aquellos que descuidaron ser ungidos por su gracia: lo cual se constata que se cumplió corporalmente en el mismo pueblo de los judíos, que persiguió al Señor aparecido en la carne hasta la muerte, y que después de crucificarlo, no muchos años después, con la invasión del ejército romano, excepto solo aquellos que se apartaron a la fe de la gracia evangélica, fue condenada con una enorme calamidad, y además privada del mismo

reino y patria; y esto es lo que dice: "Levantaste cadenas hasta el cuello"; el cuello, a saber, del reino, con el que antes se habían levantado contra el Señor, de lo cual les dice el bienaventurado protomártir Esteban, incluso cuando estaban furiosos contra él: "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre resistís al Espíritu Santo" (Hech. VII, 51). Pero hasta el cuello levantó el Señor las cadenas, cuando envió al ejército hostil para la destrucción de la soberbia nación, no solo de los judíos, sino de todos los que rehusaron aceptar la humildad de la fe cristiana. El Señor derriba la soberbia según lo que canta el salmista sobre los santos: "Y espadas de dos filos en sus manos para ejecutar venganza en las naciones, castigos en los pueblos, para atar a sus reyes con cadenas, y a sus nobles con grilletes de hierro" (Sal. CXLIX, 6); de hierro, a saber, porque son eternos, de los cuales, una vez atados, nunca pueden ser liberados. Si alguien dijera que debe leerse en plural: "Levantaste cadenas hasta los cuellos", el sentido es el mismo. Pues el Señor justo cortará los cuellos de los pecadores.

Cortaste en alienación las cabezas de los poderosos, se moverán en ella las naciones. Por alienación, en griego está escrito en éxtasis, que algunos han interpretado como estupor, otros como exceso de mente. Ya sea que se diga estupor, alienación o exceso de mente, significa lo mismo, cuando alguien turbado y asombrado por un milagro repentino, es hecho ajeno al sentido de su mente, lo cual sucedió a los judíos, como la historia del Evangelio frecuentemente relata, diciendo que se asombraban y maravillaban de la doctrina y virtudes de Jesús diciendo: "¿De dónde tiene este todas estas cosas, cuyo padre y madre conocemos?" (Juan VI, 42). Y en los Hechos de los Apóstoles, curado por Pedro y Juan el cojo a la puerta del templo: "Se llenaron, dice, de estupor y éxtasis" (Hech. III, 10), en el cual éxtasis, es decir, admiración o alienación de mente, muchos del pueblo fueron provocados a creer en el Señor; pero las cabezas de los poderosos, es decir, los príncipes de los sacerdotes y ancianos fueron cortados al no creer de la suerte de los fieles. También se movieron en ella las naciones, cuando, al escuchar o ver las virtudes del Señor y sus apóstoles, quedaron tan asombradas y maravilladas que, anatematizando y rechazando a los dioses que adoraban, recibieron con devota mente la nueva fe de Cristo, de lo cual apropiadamente se añade:

Abrirán su boca como un pobre comiendo en secreto. Pues así como un pobre que ha permanecido en ayuno por un tiempo, si por casualidad encuentra alimentos en algún lugar, se apresura a alimentarse en secreto, y no quiere mostrarlos en público, no sea que alguien más se los arrebate y él perezca de hambre: así, ciertamente, así el pueblo de las naciones, al ofrecérseles el pan de la palabra a través de los apóstoles, del cual habían estado ayunando por mucho tiempo, abrieron de inmediato la boca de su corazón y comenzaron a saborearlo con toda avidez, dedicándose tanto más a escuchar o leer las Escrituras, cuanto más recordaban que durante mucho tiempo habían entregado sus oídos y mente a doctrinas superfluas, e incluso nocivas, en un estado de miseria extrema. Sin embargo, se insinúa de qué manera la pobreza de las naciones llegó a percibir las delicias de la palabra, cuando inmediatamente se añade:

Enviaste tus caballos al mar, perturbando muchas aguas. El mar representa al mundo, los caballos de Dios a los santos predicadores, y las muchas aguas a los pueblos de las naciones. Al enviar los caballos de Dios al mar, las muchas aguas se agitaron, porque, al dispersarse los heraldos de la palabra por el mundo, se agitaron los corazones de las naciones, unos para creer y recibir el sacramento de la fe, y otros para contradecir o incluso perseguir a los heraldos de esa misma fe; de donde bien dice el Salmista: Se turbaron todos los que los veían, y temió todo hombre, y anunciaron las obras de Dios, y entendieron sus hechos (Sal. LXIII, 9). Pues aunque todos se turbaron, no todos temieron y anunciaron las obras de Dios, sino

aquellos que fueron hombres, y quienes, en cambio, alienados de la razón humana, fueron comparados con bestias insensatas, y se hicieron semejantes a ellas. Tales, aunque turbados y conmovidos por las virtudes de los santos, no quisieron temer a Dios, ni anunciar o entender sus hechos. Sin embargo, sobre estos caballos, es decir, los santos predicadores, también se dice más arriba: Porque subiendo subirás sobre tus caballos, y ahora se añade sobre los mismos: Enviaste tus caballos al mar, para que de ambas sentencias se concluya que así el Señor envió a los predicadores al mundo, que nunca está ausente de ellos mientras predicán, sino que, como el auriga con los caballos, siempre preside para guiar sus mentes.

Guardé y temió mi vientre a la voz de la oración de mis labios. Llama a su alma vientre, como es costumbre entre los profetas, porque así como en el vientre se reciben los alimentos que restauran la fuerza y la vida del cuerpo; así se reciben en el alma los pensamientos piadosos, que sustentan y mantienen la vida del hombre interior para que no desfallezca. Guardé, pues, dice el Profeta, atendiendo diligentemente a las futuras pasiones de Cristo y a las glorias posteriores, al rechazo de mi pueblo, a la fe de las naciones, a la perturbación de las mismas naciones ante la nueva predicación, a la persecución que los infieles levantarán contra los creyentes; y temió mi corazón, por lo que yo mismo, previendo lo que vendría, he hablado. O ciertamente, contemplando el diverso estado del género humano: Guardé, dice, a mí mismo, con un ánimo tembloroso más diligentemente, no sea que peque en obra, en palabra o en corazón, y no sea que, predicando a otros, yo mismo me convierta en un réprobo. Y es de notar que dice haber temido a la voz de la oración de sus labios, cuando en todo este cántico no parece haber orado en absoluto; sino que, temiendo y temblando por los futuros misterios de Cristo y de la Iglesia, describe su cántico como una oración, y no se equivoca quien llama a su cántico oración, quien también le puso tal título: Oración de Habacuc el profeta por las ignorancias, porque todo lo que un hombre santo habla, todo eso es ciertamente una oración a Dios; todo lo que hace, quien tiene la sincera intención de agradar al Señor, eso intercede por él ante Dios, y lo encomienda al Señor.

Y entró el temblor en mis huesos. Así como el nombre de carne a veces en la Escritura designa nuestras acciones carnales; así el término huesos suele designar hechos fuertes y espirituales. Temió, pues, dice, mi corazón por lo que preveo que vendrá al mundo, y todo lo que pensé que tenía de virtud espiritual, todo eso tembló como frágil, al contemplar las mayores virtudes y pasiones de los bienaventurados de Cristo y sus apóstoles; lo cual se explica más claramente con la palabra siguiente, cuando se dice:

Y debajo de mí se turbó mi virtud. Bien dice que su virtud no está en él, sino debajo de él, porque arrebatado a la contemplación de los misterios celestiales, el profeta se vio de algún modo elevado sobre sí mismo; y cuanto más alto se hace en la luz de la contemplación, tanto más imperfecto se ve en el mérito de la acción. Elevado, pues, a la contemplación de lo alto, justamente se turba por lo que ha hecho en lo bajo. Se turbó, pues, la virtud del profeta, temblaron los huesos, temió el vientre, no solo porque se reconoció menos perfecto en la acción, sino también porque todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo, sufrirán persecuciones: pero también vio que el mismo Cristo, que sin pecado entró en el mundo, no saldría de él sin la pena del pecado, según lo que había señalado al principio de su cántico. Sin embargo, ese mismo temor y temblor no permaneció sin consuelo, pues la esperanza de los bienes futuros disminuyó y alivió las adversidades presentes. Esto es lo que sigue:

Descansaré en el día de mi tribulación, para que ascienda al pueblo de mi transmigración. Descansa en el día no solo de la retribución, sino también de la tribulación, quien no duda que a través de las aflicciones temporales alcanzará los gozos eternos, según aquello del Apóstol: Porque en esperanza fuimos salvados (Rom. VIII, 24). Y de nuevo: Gozosos en la

esperanza, pacientes en la tribulación (Rom. XII, 12). Esta es, pues, en esta vida, la paz de los elegidos, que, dejando el apetito de lo bajo, con toda la intención de la mente y los pasos cotidianos de las buenas obras, se esfuerzan por ascender y trasladarse a la compañía de aquellos que los han precedido en Cristo, y, terminados los combates de las pasiones, reciben la corona de la vida en ejemplo de aquellos que, una vez trasladados a Babilonia, desde Judea, con los líderes Zorobabel y Jesús, regresaron a su patria, a quienes la Escritura llama hijos de la transmigración, y se dice que restauraron con gran devoción lo sagrado que el enemigo había destruido; lo cual es una figura muy clara de nuestro estado. Pues hemos sido trasladados en el primer padre de la patria celestial, y llevados a la Babilonia de este siglo, es decir, a la confusión; pero, por la gracia del Señor Jesucristo, Rey y gran Pontífice, de quien Zorobabel y Jesús fueron tipo, hemos sido justamente llamados de nuevo a la patria y visión de la paz suprema, que es lo que significa el nombre de Jerusalén; así, mientras tanto, en la Jerusalén de la Iglesia presente, ejercitándonos en piadosos trabajos, nos preparamos a tiempo para la entrada en la Jerusalén celestial, que es madre de todos nosotros. Si se lee indistintamente, como se encuentra en algunos Códices: Descansaré en el día de la tribulación, y no se añade mía, puede entenderse según aquello que se canta en el salmo sobre el justo: En el día malo lo librará el Señor (Sal. XL, 2), que en el día del juicio, cuando la tribulación eterna atrape a los réprobos, el descanso eterno recibirá a los justos; pero incluso antes de ese último y general juicio, los santos descansan en el día de la tribulación, ascendiendo al pueblo de su transmigración, cuando, trasladados del mundo por buenas obras, se asocian a los gozos de los justos anteriores en los cielos, mientras que sus perseguidores, arrancados de esta vida, sufren tormentos de la gehena siendo eternamente atribulados. Sin embargo, el día de la tribulación también puede entenderse en esta vida, cuando, al aumentar la escasez de bienes temporales, aquellos que amaban demasiado tales cosas, como rodeados de miserias, se lamentan; pero cada elegido, aunque soportando los mismos inconvenientes corporalmente, tiene descanso en el Señor con la esperanza fija de la mente, sabiendo que cuanto más gravemente es oprimido en lo bajo, tanto más alto ascenderá después de las presiones a las eternas compañías de los ciudadanos celestiales. A este sentido se adapta lo que sigue:

Porque la higuera no dará fruto, y no habrá generación en las viñas. Mentirá la obra del olivo, y los campos no producirán alimentos. Han faltado las ovejas de la comida, y no habrá bueyes en el establo. Pero yo me gloriaré en el Señor, y me alegraré en Dios mi Jesús. Porque cuando, faltando la opulencia de las cosas mundanas, los carnales y amantes de esta vida se turban, los justos no se entristecen por la pérdida de los bienes temporales, sino que se alegran de aquella posesión del reino celestial prometida a los pobres de Cristo, recordando la consolación prometida por aquel que dijo: No temáis, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. ¡Y qué admirable fe, esperanza y caridad del profeta! Aún no ha aparecido el Hijo de Dios en el hombre, ni ha recibido el nombre de Jesús de sus padres, y él, previendo en el Espíritu, testifica que se alegra en él entre las adversidades, quien mucho después nacería en la carne para abrir a sus fieles la puerta de la patria celestial. Si alguien busca exponer también estos versículos figuradamente, la higuera, la viña y el olivo eran la sinagoga de los judíos, que producía la dulzura de la buena operación, la fragancia del fervor de la devoción, la unción del alma misericordiosa devota a Dios. Ovejas y bueyes eran típicamente en ese pueblo; ovejas, a saber, en aquellos que escuchaban humildemente la voz del supremo Pastor; bueyes en aquellos que, llevando diligentemente el yugo de la ley, preparaban los corazones de los oyentes para producir frutos de buenas obras, como arando la tierra del Señor; y estos, viviendo espiritualmente, producían alimentos espirituales en los vastos campos de las Escrituras divinas, cuyo pasto deleitaba a aquel que se había hecho como una bestia ante el Señor, y siempre se adhería a él diciendo: El Señor es

mi pastor, nada me faltará, en lugar de pasto allí me colocó (Sal. XXII, 1). Pero esta higuera, cuando el Señor vino a ella por tercera vez, es decir, en la legislación por Moisés, en la exhortación y reprensión diligente por los profetas, en la ofrenda de la gracia por sí mismo, descuidó llevar fruto de virtud, por lo cual, por su maldición, fue condenada a la sequedad eterna. La generación en las viñas del Señor, es decir, el fruto de la caridad en las multitudes de los judíos, falló, por lo cual ofrecieron vinagre al que tenía sed en lugar de vino, es decir, al que buscaba en ellos la dulzura de las virtudes, le ofrecían la acritud de los vicios. Mentía la obra del olivo, cuando ese pueblo unguía con el aceite de la adulación las cabezas de los miserables, y resonaba con falso labio las verdaderas palabras del profeta diciendo: Pero yo como un olivo fructífero en la casa de Dios, he confiado en la misericordia de Dios (Sal. LI, 10), por lo cual, en el tiempo de la última retribución, llevando lámparas apagadas, y con sus tinieblas, será excluida de la entrada a la patria celestial. Los campos no producen alimentos, cuando ese pueblo, al abrir las páginas de los escritos divinos, no puede encontrar los pastos de la verdad al entender correctamente. Las ovejas faltan de alimento, porque a quienes les falta la dulzura de la refacción interna, no hay de dónde provenga la inocencia de una vida simple. Así se ha dicho: faltaron de alimento las ovejas, es decir, porque faltaba el alimento, como en el Salmo el Profeta: Y mi carne, dice, se ha cambiado por el aceite (Sal. CVIII, 24), es decir, porque no había aceite con el que me alimentara o ungiera. De hecho, algunos Códices tienen: Faltaron porque no comían las ovejas, no hay bueyes en el establo. Porque ciertamente abundan entre los judíos los establos de las letras celestiales; pero porque no saborean el alimento del entendimiento celestial en ellas, quienes llevan el suave yugo del Evangelio, están ausentes. Considerando el profeta todas estas cosas que vendrían sobre la parte infiel de su pueblo, inmediatamente muestra lo que él mismo haría con los fieles de ese pueblo, o más bien con toda la sociedad de la Iglesia, que estaba reunida en Cristo o elegida en todo el mundo: Pero yo, dice, no en mi justicia, sino en la fe de la protección divina me gloriaré, me alegraré en Dios mi Jesús, es decir, mi Salvador, porque no en mí, sino en él percibo que está la salvación. Y como si le preguntáramos por qué se gloriaría en el Señor y se alegraría en Dios Jesús, a quien llamaba suyo propio con gran amor, inmediatamente, insinuando la justísima causa de esa alegría, así termina su cántico:

El Señor Dios es mi fortaleza, y hará mis pies como de ciervas, y sobre las alturas me hará andar, para que venza en su claridad. Como si dijera abiertamente: Debajo de mí, ciertamente, se turbó mi virtud, es decir, al contemplar la condición de la fragilidad humana, que está abajo; y al elevar los ojos de mi mente a la gracia de la ayuda divina, confío en que en él puedo hacer virtud. Él puede llevar los pasos de mis obras a la consumación de un fin firme; él puede hacerme andar sobre las alturas, para que, a saber, contemplemos toda la sublimidad del poder mundano como nada en comparación con los bienes eternos. Venceré todas las tentaciones que me ocurren, ya sean de adversidades o de halagos del mundo, en su amor, es decir, mientras en todo lo que hago no busque mi gloria, sino la suya, de quien recuerdo haber recibido todo lo bueno que hago. Con razón, pues, son ayudados por el Señor, para que, vencidas las tentaciones, lleguen probados a la palma de la vocación celestial, quienes refieren toda la causa de su victoria a su alabanza. Algunos Códices tienen: Y venceré en su Cántico, lo cual apunta al mismo sentido. Vence en el Cántico del Señor, quien en todas las tribulaciones que sufre sabe dar gracias de corazón, sabiendo que a los que aman a Dios todas las cosas cooperan para bien, y acostumbra cantar con el bienaventurado Job: Sea el nombre del Señor bendito (Job XV, 21). De hecho, los apóstoles Pablo y Silas, entre los azotes, las tinieblas y las cadenas de la cárcel, cantaban un himno a Dios; y por eso, ayudados divinamente, salieron de repente victoriosos, porque aunque sus pies parecían estar atados en el cepo, tenían los pasos de sus obras consumados en virtudes. Hermosamente, pues, el final de este cántico profético responde al principio. Porque quien, al escuchar y

considerar las obras del Señor apareciendo en la carne, teme y se estremece fielmente, hace que, despreciando las cosas que en esta vida se llevan como un mar fluctuante en varios estados, se gloríe y se alegre solo en aquel cuyos gozos puede disfrutar perpetuamente; sea ayudado por él, para que no sea quebrantado por las adversidades del mundo presente ni debilitado por sus halagos; cante las alabanzas de su gracia en el presente, para que merezca vencer, y en el futuro, porque ha vencido, nunca deje de cantar. También sucede que tal alma vence al mundo en la claridad del Señor, es decir, con la misma claridad de él, tanto recordada frecuentemente en el tiempo de las pruebas, como vista perpetuamente en el tiempo de las recompensas, según lo que él mismo prometió: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8). Sin embargo, es de notar, habiendo expuesto la oración, o cántico, de Habacuc, que también su nombre, que se interpreta como abrazando, se ajusta al sentido de esa oración. Pues está claro que abrazaba al Señor con amor interno del corazón, y se adhería a él, quien testifica que se gloria y se alegra solo en él. Ojalá, pues, querida hermana y virgen de Cristo, que también nosotros, amándolo, seamos dignos de ser hechos con tal nombre. Porque si nos esforzamos por abrazarlo con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza, él se dignará también a abrazarnos con los brazos de su amor, recordando su promesa que dice: Pero el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV, 21); y así mereceremos ser contados entre los miembros de aquella esposa que suele cantar alegremente a su Creador, a su celestial esposo: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. Amén (Cant. II, 6).

Termina el cántico de Habacuc el profeta a la hermana virgen de Cristo.